

con una constitucion que siendo objeto de odio para los unos y de insoportable molestia para los otros, no encuentra quien la saque de la esfera ideal de lo meramente especulativo, y sin poderla contemplar hasta ahora ni sus mas acérrimos defensores, mas que como una brillante teoria que vendrá á hacer la dicha, si acaso, y á colmar la felicidad de nuestra cuarta ó quinta generacion? Solo en teoria, en efecto, estará constituida la República; es decir, en la cabeza de los utopistas y de esos políticos frívolos y sin seso que aspiran á immortalizar su nombre á fuerza de prohijar estravagancias y paradojas.

Es verdad, dicen los periódicos rojos, que aun no acaba de dominarse la situacion, ni despues de cincuenta años de una desastrosa guerra, pudiera alcanzarse este resultado en el transcurso de unos cuantos dias; mas el arreglo, el órden y las reformas que en todos los ramos van insensiblemente introduciéndose, pronostican que si bien con lentitud, se camina de una manera invariable por el recto sendero de las mejoras. Descendamos á este terreno, ya que á tan molesto exámen se nos provoca, y demos una ojeada, aunque sea muy superficial, á esos diferentes ramos, que por cierto merecerian un análisis mas detenido y concienzudo.

Preséntasenos primero por su alta importancia, el de la administracion de justicia, base y fundamento de toda organizacion social, y con él la duda de si por la manera de elegir los jueces y magistrados, por la remuneracion que obtienen, ó por las circunstancias ó calidades de los electos, se puede augurar que en realidad se aspira al perfeccionamiento. El sistema adoptado para la designacion de las personas que han de ejercer la magistratura, es el de la eleccion popular; el sueldo con que están dotados, no pasa de miserable y mezquino, sin poder exigir de los litigantes costas ó derechos judiciales de ninguna clase, porque están prohibidos por la constitucion; y en cuanto á los requisitos que han de tener los oráculos de Astrea, se dejan á la prudencia y tacto de los electores. De la combinacion de estos tres elementos, ningun hombre prudente se podrá persuadir que es posible alcanzarse ni aun el mas comun acierto. Como no se necesitan conocimientos profesionales de abogado para optar, no ya los puestos secundarios, pero ni los mas prominentes en la escala judicial, cuales son los de la Suprema Corte de Justicia, es decir, del tribunal supremo de la nacion; y como el criterio de los electores debe ser tan vario, pues que para un militar, el sujeto mas idóneo es su coronel; para un artesano, el maestro de su taller; para

un dependiente de comercio, su principal, y para un labrador, su mayordomo, es de inferirse que la maniobra electoral dará por resultado el mas ridiculo de los fenómenos, á no ser que la cábala y la seduccion falsifiquen la urna misteriosa de los destinos, en cuyo caso el personal de la administracion de justicia queda al poco ilustrado arbitrio de los intrigantes. Esta es la teoria constitucional; mas ya hemos probado que la constitucion en nada se observa, y lo que se practica es, que el gobierno ó el Congreso nombran á los jueces y magistrados, á cuya corruptela debe D. Jesus Gonzalez Ortega, (que entenderá de todo, menos una sola jota de la ciencia del derecho) el fungir en la actualidad de presidente de la Corte. Sea lo que fuere, ello es lo cierto, que los altos tribunales se componen, con pocas escepciones, de desprestigiadas medianias, cuando no de nulidades por completo, y que los juzgados de primera instancia se han visto en manos de imberbes é inmorales rúbulas, ignorantes hasta la hipérbole, y bellacos hasta el cinismo. Los escribanos, que en parte pudieran servir de una garantia actuando con los jueces, han sido eliminados del despacho de los negocios, y sustituidos por secretarios, que designan *ad libitum* los mismos, cuyos actos van á autorizar. Ahora bien: esta distinguida planta de empleados no percibe ni un real de sus respectivos sueldos, á causa de la insolvencia del erario; de los interesados en los pleitos, no deben obtener tampoco ningunas obvençiones: que los que son letrados ejerzan de abogados peticionarios, y dirijan á las partes en los juicios, es un enorme delito.... ¿Qué podrán hacer estas inocentes víctimas del deber, para conservar la decencia de su porte y el prestigio y decoro de su autoridad? Este es uno de tantos problemas, de cuyos datos somos deudores á la miseria pública, y que los mas agudos ingenios no han logrado hasta ahora resolver. Lo que sí estamos viendo todos los dias, es que los hombres de buena fé, que tienen la desgracia de estar discutiendo sus intereses en tela de juicio, ó bien han suspendido el giro de sus asuntos que están durmiendo en los archivos desde hace dos años, ó bien si les es insoportable el gravámen de la demora, sujetan sus diferencias á la decision de jueces árbítrios; de manera que las únicas contiendas que se ventilan hoy en los juzgados públicos, son las de los adjudicatarios de los bienes del clero, que como perros hambrientos se los disputan entre sí, ó intentan arrebatarnos á los que los poseen con justos y legítimos títulos.

De intento no quiero hablar de los jueces menores de cuar-

tel, porque no me encuentro con fuerzas para descender á las mas asquerosas centinas, ni para presentar á los que este escrito leyeren, el espectáculo nauseabundo de todas las inmundicias en fermentacion: mejor es no meneallo.

Viene en seguida á nuestro exámen la administracion municipal, encargada entre nosotros de la policia de salubridad, seguridad y ornato. Yo no sé si algun testigo ocular de lo que entre nosotros pasa, pudiera tener el atrevimiento de sostener, que hay asomos de que alguna vez, siguiendo las cosas como van, se introduzcan la economía y el orden en estos ramos, elevándolos al nivel de su conocida importancia; pero me sospecho que en la rápida descripcion que me propongo hacer del predicamento que guardan, no he de contar con adversarios ni contradictores de ningun género. Recien enarbolado en esta capital el triunfador pabellon de la reforma, se nombró por el gobierno un cuerpo municipal, cuyos miembros todos ostentaban, por supuesto, el gorro frijio, calado hasta mas abajo de las cejas. Ignoro si esta idea preliminar será bastante por sí sola para que forme una idea exacta de la pureza de su manejo y de sus brillantes dotes administrativos; mas en gracia de los que no conocen la indole del partido rojo, referiré algunos rasgos de la biografia de este municipio, suficientes sin duda para hacer imperecedera su memoria.

Dió principio sus tareas por desempedrar las calles; mas no se crea que con el muy laudable objeto de recomponerlas, sino con el fin grotesco de dejarlas desempedradas, cual se conservan hasta hoy muchas de ellas. Hacinado todo el material que se quitó del centro sobre las aceras, tambien desenlozadas, carros, coches, cabalgaduras y transeuntes de á pié se vieron precisados á hacer sus correrías, primero por la tierra suelta de que estaba formado el pavimento del medio, y poco despues por los lodazales y profundas barrancas de que se cubrió el terreno, á consecuencia de aquel frecuente tráfico. El mal crecia; las dificultades para andar se multiplicaban; los habitantes llegaron á concebir serios temores por su vida; las aguas de los albañales salidas de madre por la ruptura de las tapas de las atargeas, permaneciendo represas al sol y al sereno, y aumentadas por copiosas lluvias, no solo comenzaron á invadir los patios interiores de las casas y el suelo de las accesorias, sino á exhalar pútridas emanaciones, tan insoportables para el olfato, como nocivas para la salud: desarrollóse, por fin, el tifo, mientras que los lastimeros episodios de aquellas peligrosas travesías, se multiplicaban con universal terror: los

unos se despeñaban, los otros se veian próximos al naufragio. Solo los municipales, con la sonrisa gravadosa en los lábios, signo indefectible de su propia importancia, miraban impávidos tan horribles y continuados desastres, mostrando siempre su frente altiva y serena, y sin que la vergüenza hiciese asomar un solo tinte de carmin á sus bronceadas mejillas. Esto no puede creerse, yo lo confieso, por aquellos que no lo hayan visto con sus propios ojos; y ya que yo no puedo salvarlos de su aturdimiento, se los aumentaré, añadiéndoles dos cosas: la una, que el teatro de tan deplorables sucesos, fueron y son las calles mas centrales y concurridas de la ciudad; y la otra, que lejos de encontrarse este cuadro exagerado, le falta la última y mas horrorosa pincelada, la de haberse descubierto en las atarjeas y en estas ciénegas inmundas y lagos fétidos de suciedad, cadáveres de párvulos y de adultos sacrificados en las aras de la vigilante municipalidad de Méjico.

La escusa que se da para cohonestar estos bárbaros desaciertos, es la suma escasez de los fondos consagrados al ramo de obras públicas de la ciudad. No piensan los que así se disculpan, en que esa falta de fondos, en vez de poder constituir su descargo, viene á establecer su responsabilidad, porque los tuvieron y cuantiosísimos, segun observaremos despues; no reflexionan, en que si estaban exhaustas sus arcas, jamas debieron desempedrar las calles, ni emprender ninguna clase de mejoras, que no concluidas, serian el monumento mas convincente de su necedad; por fin, no advierten, que cualesquiera que sean sus argumentos sobre escaseces, existen respecto de su conducta datos de pública notoriedad, por los cuales se justifica que los recursos de que podia disponer el Ayuntamiento, fueron invertidos en objetos que son hasta hoy un secreto misterioso para los habitantes de Méjico. Ciertos capitales enajenados; ciertas escrituras chanceladas de una manera improductiva para la municipalidad; ciertos créditos remitidos á los deudores; las ricas alhajas de la virgen de los Remedios, patrona de la capital, desaparecidas de improviso; en una palabra (y lo que es mas vergonzoso que todo esto) las mazas, los candeleros y los tinteros de plata sustraídos fraudulentamente de la casa y oficinas municipales, poridades asquerosas de que no pocas veces se ha ocupado la prensa, son acontecimientos que debieran poner una mordaza en los lábios de los regidores para no hacer mérito nunca por via de defensa, de la carencia de numerario que sufren las arcas del Ayuntamiento. Hechos tan vergonzosos, procura-

ron á estos municipales el nombre de *los plateados*, con que todos los distinguen, aludiendo á una cuadrilla de ladrones que aun ejerce sus actos vandálicos en las comarcas del Sur, y la cual lleva la misma denominacion.

Despues de esto apenas habrá necesidad de apuntar que nos hemos visto en grave peligro de carecer en lo absoluto de alumbrado á causa de no pagarsele lo que se debia al contratista de aceite, y de no cubrir su soldada á los guardas y serenos nocturnos; que á mas de suprimirse algunos de los hospitales, se ha reducido considerablemente el número de camas de dotacion de los pocos que han quedado en pie; que las cárceles y presidios se hallan en un deplorable estado en cuanto á salubridad y abundancia de los elementos; y que si todo esto sucede tratándose de las cosas de mas imperiosa necesidad, en vano se exigía exactitud en las que solo miran á la limpieza, propiedad y ornato de las poblaciones. Así, pues, no es por cierto sobrado consoladora la perspectiva que presenta en sus diferentes cometidos, la administracion municipal.

Efecto necesario, tanto de la inaudita miseria como de la imponderable inmoralidad que han dejado en todas las clases como una semilla de muerte, nuestras insensatas guerras civiles, es la falta de seguridad personal, por la que se sigue en el país una vida de continuados sobresaltos. Los innumerables desertores de los cuerpos del ejército perseguidos por la severa rigidez de las leyes militares; los que á la sombra de cualquiera pretexto político se emplean en asaltar las poblaciones y los prédios rústicos; los que habiendo adoptado como profesion el robo, lo ejercen sin embozo y descaradamente; los vagos que no tienen oficio ni profesion y que se entregan á todos los excesos del vicio; los artesanos é industriales que en vano solicitan trabajo; todos aquellos á quienes las desgracias públicas han reducido inopinadamente á la mendicidad; los adjudicatarios que, insaciables en su codicia, han echado por tierra los títulos legales que antes afianzaban el dominio y la propiedad: el gobierno que ha declarado en una solemne circular, caja suya la de los particulares, que ordena y dirige asaltos nocturnos para despojarlos de sus bienes ó privarlos de su libertad, y que á la gente del pueblo la colecta violentamente por la fuerza de las armas, la encierra, y despues de encerrada la mata de hambre; tales y tantas son las amenazas que de continuo acechan á los ciudadanos, tales los incalificables sufrimientos que pesan sobre todas las familias,

sobre todos los individuos. Nada mas lógico y natural por tanto que el que las diligencias sean robadas dia por dia, y no una, sino hasta cinco y ocho veces; que sea la misma la suerte de los arrieros y conductores de efectos de comercio y de primera necesidad, (de donde ha provenido la nueva plaga de su alto precio) y hasta el miserable que conduce en hombros á la ciudad algunas libras de carbon ó leña, sea víctima de las depredaciones de los malhechores. La relacion de los asaltos, de los asesinatos, de las violaciones y de todo linaje de crímenes horribles, mantiene á la sociedad en ese conflicto supremo que es impotente la pluma para describir. Los que viven en las grandes poblaciones se creen mas seguros en el campo y emigran, en tanto que los que moran en las aldeas juzgan ponerse á cubierto en las ciudades y tambien emigran, siendo el resultado de estos cambios de habitacion que unos y otros son despojados, perseguidos y asesinados en los campos y en las ciudades.

De aqui se sigue que por donde quiera nos mantenemos en una perfecta incomunicacion á consecuencia de que los correos se presentan constantemente desbalijados á la administracion, y no es muy raro que con la correspondencia se pierda tambien el portador que en su camino recibe una muerte inopinada. Será de estrañar despues de esto el muy comun acontecimiento de que las cartas de Guanajuato, San Luis y Guadalajara, tardan mucho mas tiempo que los despachos que el paquete nos conduce de Europa?

¿Y quién nos amparará en el fondo profundo de este caos de vandalismo y muerte, de este prodigioso caos de todas las iniquidades? ¡Dios, solamente Dios! No los que administran justicia, porque son algo mas que impotentes; no la fuerza pública, porque sobre no estar en todas partes, (puesto que su único objeto es conservar á Juarez en el poder) se halla en su mayoría compuesta de bandidos insolentes é indisciplinados, que casi siempre de custodios, se convierten en agresores y hacen mas numerosas las filas de los sicarios; no el gobierno, porque inocentemente entretenido en mantener su presa y no descender de la silla de mando, tiene apenas tiempo de llevar á cabo sus proyectos de proscripcion, y sus cálculos espoliatorios. Esta es acaso la primera sociedad que subsiste sin garantías, y en que los hombres viven juntos por los estímulos del terror que aborrece el aislamiento, por los del instinto, y por el general que cada uno busca en la reunion con sus semejantes.

No es mas plausible lo que se observa en el ramo de guerra, uno de los mas influyentes en el órden de la pública administracion. Sabido es que en el movimiento suscitado por Hidalgo, masas numerosas y sin disciplina se levantaron por todas partes, si no estimuladas por el logro de la independencia de la patria, sí muchas inducidas por el incentivo del saqueo y el alhago del libertinaje. Los grados militares en el partido independiente, no era posible que se distribuyesen entónces con justicia y con cordura, ni que fueran un premio otorgado á la virtud y al mérito; casi siempre el valor sacaba la primacia, y la moral y la honradez ocupaban un lugar muy secundario, cuando no eran del todo desatendidas. Pero el término de aquel alzamiento tumultuoso y desordenado, que fué el plan que el heróico Iturbide proclamó en Iguala, vino á ofrecer garantías para una mas conveniente organizacion del ejército mejicano; porque el invicto caudillo habia sido educado en las filas del espedicionario español, é impuesto á la mas severa disciplina, no era posible que dejase en pié los restos vandálicos de las chusmas de 1810. Con esta mira, se creó la junta de premios que, con pensiones y montepíos, dejó satisfechas las aspiraciones de aquellos que aunque habian merecido bien de la Patria, no era prudente que se conservasen en sus antiguos grados. De esta suerte, los gefes y oficiales, en su mayor parte, fueron despues gente escogida entre todos los que militaron en esa lucha de once años; hombres decentes y de buenas costumbres, instruidos y caballerosos. Así duró, con pocas alteraciones, nuestra milicia hasta la época en que fué presidente el general Bustamante, despues de cuya fecha, ya empezó á corromperse y á perderse el prestigio que habia conservado en la buena sociedad. Las defecciones, los pronunciamientos, los ascensos inmerecidos, el desarrollo de un fatal favoritismo &c., &c., fueron poco á poco haciendo caer esta honrosa carrera en un desprestigio general. D. Miguel Miramon creyó levantarla de su abatimiento, separando del servicio á todos los antiguos generales, á toda la vieja oficialidad, que como es de pensarse, no tenia otro medio de subsistencia mas que su carrera. Así que, quedaron sometidos á la pobreza y, lo que es más, á la muy dura ley de las humillaciones, los que ostentaban sobre su pecho las honrosas cruces de constancia y de primera época. No soy juez competente para calificar si en esta medida hubo conveniencia; no siempre el *recedant vetera* tiene un efecto regenerador; pero sí puede afirmarse que

aquel gobierno faltó á la justicia que exigia otros miramientos hácia los hombres de nuestro ejército, cubiertos de canas y marcados con honrosas cicatrices.

No obstante, la era de una completa decadencia para la institucion militar no habia llegado todavia, pues que no se abrió la puerta á la prostitucion mas desvergonzada, sino con el triunfo de los constitucionalistas, es decir, de los reformadores de todos los abusos, principalmente de los de los eclesiásticos y soldados. Como consecuencia de esta victoria, lo que hay mas bajo é inmundo en las heces del vicio y de la inmoralidad, se destinó para formar la plana mayor de estas grandes masas de bandoleros. Los padrones de las cárceles, las listas de los presidios, los registros de la policia, en que se ven los nombres de los mas temibles salteadores, asesinos é incendiarios, se trasladó al escalafon del ejército, en que el mayor ó menor número de crímenes atroces vino á decidir de los altos y bajos grados militares, no ocupando los primeros, sino los hombres que son un verdadero prodigio en las mas execrables maldades: tiembla la tierra que pisa un general de division, uno de esos "*Maestros de escuela*," de banda azul en el vientre y águila de plata sobre los hombros. No cabiendo su fama en los estrechos límites del continente americano, ha salvado el Atlántico, para adquirir una gloriosa reputacion europea, pues en ninguna parte del mundo pueden ya pronunciarse sus nombres sin que se recuerde con estupor la historia espantable de sus atroces hechos. En efecto, la tremenda carnicería y destruccion del pueblo del Teul; los asesinatos proditorios del general Blancarte y de Piélagos y Monayo, despues de una solemne capitulacion que garantizaba sus vidas; los de Manero y sus infelices compañeros en Zacatecas; el incendio y saqueo de todos los pueblos situados en el Monte de las Cruces, al poniente de Méjico; el sacrificio de setenta y dos víctimas en el mismo lugar; el robo sacrilego de la catedral de Morelia, en que representó el honorífico papel de receptor un ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos; el asalto y despojo de los pueblos y conventos de Méjico, que convirtió los ornamentos en tapices de los muebles, y que puso las alhajas de los vasos sagrados hasta en las pantuflas de los bandidos; los otros asesinatos de indefensos españoles, y no pocos extranjeros de diversas nacionalidades, de que han sido teatro distintas poblaciones de la República; tanta y tanta memorable hazaña de incendios, estupros y martirios, entre las que ocupan un lugar prominente las perpetradas en las rocas y bre-

nales del Sur, y que para mencionarse sería preciso escribir una crónica de muchísimos volúmenes; hechos son íntimamente anexos con la biografía de los primeros generales que hoy figuran en el ejército mejicano.

Esto es en cuanto al personal de los que mandan. Ahora, por lo que hace á los individuos de tropa, su reclutamiento se hace de la manera más cruel y escandalosa que se ha podido inventar. Decreta el gobierno la creación de uno ó de varios cuerpos militares; designa los gefes que los han de formar, y deja á su arbitrio la manera, á la verdad tan productiva como fácil, de ponerles lo que se llama en alta fuerza. El coronel dizque ve comprometido su honor con este acto de confianza; y como realmente, á medida que es más numeroso un regimiento, son mayores las ganancias para sus comandantes, según veremos después, no es fácil figurarse todos los arbitrios que inventa aquella imaginación acalorada por la codicia, para llegar al logro del fin propuesto, y es siempre el del robo y el despilfarro. Convoca primero treinta ó cuarenta sayones, á quienes ofrece un tanto por cierto número de plazas; los arma y los echa como perros de presa á vagar por la población, invistiéndolos de facultades extraordinarias y libertándolos de toda responsabilidad, que él asume sobre su persona, porque muy bien sabe que no ha de haber quien se la exija, por mas desmanes y delitos que se cometan. Provistos de esta manera de todos los medios de coacción, tan brutales esbirros comienzan á ejercer su oficio, aprehendiendo y amarrando sin piedad en una sola cuerda, y como cuentas de una camándula, á todos cuantos encuentran por las calles y por las plazas, en el mercado y en las diversiones públicas, en los templos y en los talleres, en las casas y en los paseos. Los solteros, los casados, los que tienen y no tienen familia, los criados domésticos, los jóvenes, los viejos y hasta los niños, los enfermos é impedidos, no hay uno que se escape de aquella fatal rebusca de hombres, que asegurados codo con codo, cual prolongadísimas hileras de fascinerosos, y seguidos de la inmensa turba femenina de sus familias, son llevados al cuartel y encerrados en profundas mazmorras. En vano las mujeres, las madres y las hermanas de aquellos desgraciados, se agolpan llorando á las puertas del edificio, ó se arrojan á los piés del Nerón de bigote que preside estos inhumanos plagios; inútilmente manifiestan las escepciones legales que los exime del servicio de las armas: pierden su tiempo en patentizar su miseria y su orfandad. Inflexibles los raptóres, continúan se-

renos en su sistema de firmeza, aplicando á sus víctimas el castigo de los palos, el suplicio del cepo de campaña y, el mayor todavía, de tenerlos incomunicados con sus deudos y hechos presa de los tormentos del hambre y de la desnudez. Solo un antídoto tiene esta marcial severidad, solo una redención se conoce para estos desventurados precitos: la redención y el antídoto es el rescate. Por cierta suma de dinero que va á engrosar el caudal del comandante ó de sus satélites, los esclavos quedan al punto manumitidos, aunque no á perpetuidad, porque esto fuera mucha demencia, sino hasta que otro coronel los vuelve á pescar, mediante el mismo sistema, que se denomina *sistema de la leva*. ¡Qué prodigio de filantropía! Hasta qué extremo llevan los demagogos sus sacrificios, á fin de aliviar un tanto la suerte de este pueblo tan querido, que gime encorvado bajo el férreo yugo de los oligarcas! Falta solamente que agregar á esta pálida descripción, que los que del modo mencionado quedan redimidos de servir en nuestra milicia, siguen soportando el gravámen de pagar una gabela mensual, casi siempre muy superior á sus facultades, la que lleva el nombre de *contribucion de exentos*, á cuyo producto se aplica, como el de las demas, al peculio privado de los que la recaudan. No puedo resistir á la tentacion de referir las columbinas astucias del gobernador y comandante general de Morelia, D. Epitasio Huerta. No surtiendo ya efecto la leva practicada por los medios que dejo referidos, tuvo la ocurrencia feliz de mandar repicar á media noche, y de que con las patrullas destinadas á la captura de los reclutas, saliesen músicas á recorrer las calles. Aquella novedad atrajo mil y mil curiosos que se fueron agregando á las comitivas, y á muy buen tiempo fueron aprisionados para vestir mas tarde el uniforme militar. En otra ocasion promovió una corrida gratuita de toros, que no acabaron de presenciar los espectadores, sorprendidos por una fuerza que circundó la plaza y que los obligó á marchar en cuerda para los cuarteles. Con semejante método de recluta y educacion de los cuerpos, bien se podrá cualquiera hacer el cargo de su brillante disciplina. Cada soldado raso es un perdonavidas que cree hacer mucha gracia en no estropear y desbalijar á los inermes ciudadanos, porque se halla en pacífica posesion del derecho de no pagar sus consumos, de concurrir á las tiendas y hacer en ellas sus provisiones de balde, y esto fuera de las franquicias de alojamiento gratuito cuando no está en su cuartel, cuyo privilegio se estiende hasta saquear la casa y violar impunemente, ó lle-

varse consigo por la fuerza, á las mujeres que tienen la desgracia de habitarla. Sobrada razon asiste á los pueblos para desmembrarse, huyendo sus vecinos á los montes, luego que se anuncia la llegada ó la aproximacion de alguna fuerza: no hay duda que es una catástrofe y un evidente cataclismo el arribo de las tropas, cuando en vez de proporcionar seguridad y proteccion, solo se presentan para ofender los derechos mas sagrados que amparan á la sociedad, á la familia y á los individuos; las clases inferiores no conocen la subordinacion, la obediencia y el respeto para con los superiores. ¿Ni cómo se conservaria este profundo acatamiento, si oficiales y soldados, gefes y subalternos, juntos se embriagan en las tabernas, juntos se solazan en los garitos, y tambien juntos se entregan á los desórdenes del juego y á todos los excesos de la prostitucion? Por tal causa no debe ya sorprendernos que casi diariamente, ó al menos con mucha frecuencia, los individuos mas caracterizados del ejército reciban de los de las ínfimas clases graves insultos, golpes, heridas, y no pocas veces hasta la muerte.

Al vicio de la indisciplina, no puede dejar de ser consiguiente el de la desercion, y mas si á esta causa moral, se añaden las instigaciones del hambre y de la miseria. El escandaloso número de desertores hace á su vez indispensable el de los reemplazos, originándose un flujo y reflujo perpétuo en los cuerpos, que á su turno contribuye á hacer permanente el desorden y la confusion. Y como de este círculo deplorable no es dable á los esfuerzos humanos salir en el estado que guarda la institucion, los individuos del ejército no llegan á adquirirse amor fanático por sus banderas, ese espíritu saludable de cuerpo, esa noble emulacion que engendra el desprecio á la muerte, en una palabra, esa ambicion de gloria, esa susceptibilidad, á veces quijotesca, que dan vida y alimentan el pundonor militar.

A todo este bello ideal de organizacion corresponde la contabilidad adoptada para el ejército. Su sistema es el mas sencillo de cuantos puedan imaginarse, y consiste en el de no observar ninguno, y en el de recibir, robar y gastar cantidades á granel, sin cuenta ni razon alguna; eso que se llamaba antes cajas de los cuerpos, se han abolido como inútiles; y en efecto, no habiendo quien inspeccione ni residencie á los gefes por su conducta administrativa, en vano fuera hacer una aglomeracion bromosa de papeles, cuyo destino seria el de ser condenados al fuego. Es verdad que los haberes (cuando los

hay, pues algunas veces se hace la distribucion *por centavos de día* en una semana), se ministran conforme á las listas que se forman en la revista mensual de comisario, pero esto nada importa para un coronel inteligente, como lo son los mas, en las maniobras del arte de prestidigitacion, pues que en cada regimiento hay sus mites, lo mismo que sus figurantes en cada teatro, es á saber, gente alquilada que se destina á aumentar el número de los farsantes durante el espectáculo, y que sin embargo, no pertenece á la compañía. Semejante suplantacion de plazas, es un banco de oro para el comandante, si es que la mar está en leche del erario; mas aun cuando no lo esté, se concibe que con ella algo se utiliza siempre; y es la razon, porque la comisaria ministra pagas para el total de mil hombres, por ejemplo, que aparecieron en la revista, y el gefe solo tiene que cubrir los haberes (y eso cuando está de gorja) de doscientos ó trescientos que existan realmente en el cuartel. En los escuadrones de caballeria estos inocentes ahorros se centuplican, con solo tener la viveza de hacer la misma pantomima que con los soldados, con los caballos, acémilas &c., para cuya mantencion pasa, como es sabido, un tanto considerable el tesoro público. Todavía apurando mas y mas las economías, las obviaciones de los coroneles de los cuerpos se hacen mucho mayores, si se les ocurre apostar en las garitas á los forragistas, para que por la fuerza se apoderen de los cargamentos de paja y de cebada que entran á la ciudad, dando á los dueños de ellos, en lugar del precio á sus efectos, á dinero contante, cintarazos y golpes sobre las espaldas.

Reducida así la tropa infeliz á la clase de mendigos, sin sueldo, sin rancho, sin calzado, sin vestido y siempre en esos trabajos rudos de la campaña, en que quedan espuestos á todas las intemperies, forman el mas odioso contraste con sus oficiales superiores, cubiertos de plata y oro, con carruajes y caballos magníficos, y con todo el lujo de unos muebles y consumados sibaritas. Bien es cierto que estos saben recompensar los crueles resultados de su inefable inhumanidad, con uno y otro párrafo de sus proclamas, en que elogian la prodigiosa sobriedad y sufrimientos de los soldados mejicanos; mas ellos pudieran decir lo que un esclavo cuando su amo, al enumerar las virtudes y circunstancias ventajosas de su siervo, para lograr su enagenacion, hacia mérito de que jamas probaba el vino: *porque non dan, porque non dan*, murmuraba entre dientes el desventurado negro.

Grandes cualidades tiene ciertamente el soldado mejicano, sobre todo, el de su arrojo y su irresistible empuje para acometer, si se le hace tomar la iniciativa, y su sangre fría para sostenerse hasta morir en la defensa. Tan inestimable prenda en los individuos que forman un ejército, unida á la profunda ignorancia en que se encuentra nuestro bajo pueblo, de las cuestiones políticas que se debaten, y de los principios que se sostienen por las facciones, han llegado á hacer de nuestra tropa un instrumento inerte, de que se valen tyrios y troyanos; una especie de guardia suiza que se deja matar por aquel á quien en la actualidad presta sus servicios. Por eso se observa todos los dias, que á los prisioneros hechos en una batalla los agrega el vencedor á sus filas, en donde se baten del mismo modo que lo habían hecho ántes en favor del vencido. No hay, pues, ni puede haber en esos pobres hombres, que tan impiamente sacrificamos como manadas de corderos en las aras de nuestros odios, un entusiasmo verdadero, el cual supone la conviccion de la justicia, el conocimiento de la importancia de la causa, apreciaciones mas ó menos rectas de la influencia de ciertos sistemas en la felicidad pública, en fin, un juicio recto sobre las ventajas y las conveniencias que pueden resultar á la Nación del triunfo de determinados principios. Perecen en los campos de batalla sin amor y sin odio, fascinados por la superioridad de raza, y sobre todo, estrechados por la violencia que les hacen los que saben colocarlos entre la victoria y la muerte. Y así es preciso en realidad que suceda, si nos fijamos en la consideracion de que los individuos de esta clase abyecta, no tienen ningun estímulo que los fortalezca en los peligros, ni ninguna esperanza de porvenir que los aliente para la victoria. Sucumben, y sucumben ignorados, sin que la Nación se cure de suavizar la suerte del huérfano y de la viuda: se inutilizan por el peso de los años, ó por la gravedad de sus heridas, y entonces se les ve arrastrar su cuerpo por la calle, implorando de la piedad pública los socorros que necesitan. El auxilio del montepío es una ilusion falaz, ó mas bien, un descarado engaño, pues tan filantrópico establecimiento, solo tiene de positivo entre nosotros la rebaja de una parte de sueldo del empleado ó del militar durante su vida; pero nunca la asignacion pecuniaria que la ley establece para sus familias despues de su muerte.

Concluiré estos superficiales toques sobre el ramo de guerra,

haciendo notar que ningun decreto existe en la República que fije el número de la fuerza armada, ni por consiguiente se forma presupuesto, ni cosa que lo valga, de los caudales que deban invertirse en el pago del ejército. Según lo manda la necesidad, permítalo ó no el estado del tesoro, se aumentan ó disminuyen las fuerzas, ordenándose muchas veces la creacion de nuevos cuerpos, solo por contentar ó favorecer á determinados gefes. De todas maneras, es tan grande el fastidio que ha llegado á producir en los pueblos, y tan profundo el horror instintivo que profesan á todo militar, que no obstante hacer cerca de un año que están gritando todos los periódicos, "guerra, guerra contra el invasor; ármese toda la nacion; sean soldados todos los ciudadanos, porque se pierde la independencia," y á pesar tambien del esfuerzo sobrenatural de los gobernadores de los Estados, que han mandado todo su contingente, solo se han podido reunir en Veracruz catorce mil hombres, y eso en el tiempo en que ha estado en su apogeo el ejército de Oriente. ¿Y de qué modo, y en qué situacion? Ya lo hemos visto: por medio de la leva, teniendo que evitar en todos los caminos y en el campamento, con una escrupulosa vigilancia, la que sin embargo ha sido ineficaz, la fuga de estos esforzados reclutas. Todo el mundo ha podido advertir que desnudos y hambrientos, insubordinados, y sin el esfuerzo que infunde el aguijon del entusiasmo, se desertan á bandadas, arrojando todo género de peligros, y que si se exceptúan algunos cuerpos de la brigada de Guanajuato, medianamente instruidos y regularizados, todos los demas merecen el nombre de pelotones y chusmas, destinadas por el gobierno al matadero. Un resultado como este, tan poco satisfactorio y que casi raya en el ridículo por un lado, es termómetro exacto de la popularidad de Juárez, no menos que del amor que tiene el país á lo que se llama sus instituciones: y por otro, del estado de la opinion pública y de la acojida que ha encontrado en los espíritus de los hombres pensadores, la intervencion europea. En un país de ocho millones de habitantes, al cual se le quiere hacer entender que está amenazada su independencia y su libertad, y en donde por todas partes se han hecho esfuerzos supremos para contra-hacer la voluntad nacional; y esto atropellando todos los derechos y garantías; la libertad, lo mismo que la seguridad; la vida, lo mismo que los intereses, solo han podido presentarse al frente de los conquistadores catorce mil hombres, conducidos por la fuerza, que maldicen desesperados á sus caudillos que son sus opresores, y que atisban á todas horas el momento oportuno de regresar furtiva-